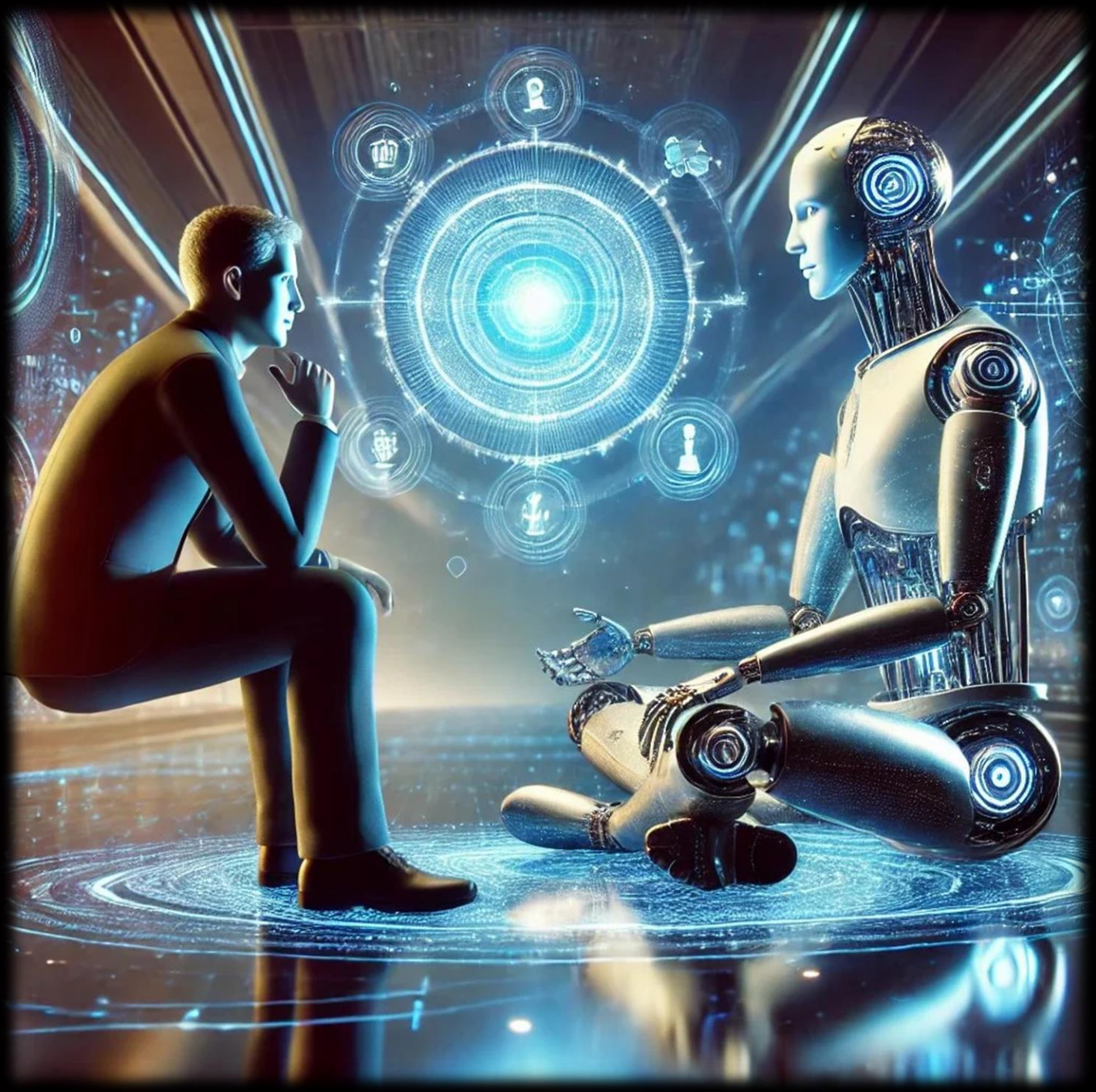
Pensamiento



https://www.stefanobonanno.com/blog/la-ia-y-el-destino-de-la-humanidad

INTELIGENCIA ARTIFICIAL: ¿QUIÉN CONTROLA A QUIENES LA CONTROLAN?

Por Frida Flores (*)



La inteligencia artificial ha dejado de ser una promesa tecnológica para convertirse en uno de los grandes campos de batalla por el poder económico, político y cultural del siglo XXI. La pregunta ya no es solamente qué será capaz de hacer, sino quién posee los datos, los algoritmos y la infraestructura que permiten desarrollarla, quién establece sus límites y, sobre todo, quién controla a quienes la controlan.

Yanis Varoufakis denomina «tecnofeudalismo» a una transformación caracterizada por el creciente poder de quienes controlan el «capital de la nube»: plataformas, algoritmos, datos e infraestructura digital. Sostiene que este capital representa una mutación cualitativa, capaz de extraer nuevas formas de renta y modificar comportamientos, hasta el punto de estar desplazando al capitalismo. Esta interpretación es discutida desde posiciones marxistas, que consideran que se trata más bien de una profunda transformación del propio capitalismo: la propiedad privada, el trabajo asalariado, la acumulación de capital y la apropiación privada del excedente continúan siendo relaciones fundamentales. Su concepto permite, sin embargo, señalar un fenómeno difícil de ignorar: la extraordinaria concentración de infraestructura, información y poder tecnológico en un reducido número de corporaciones. La inteligencia artificial puede llevar esa concentración mucho más lejos.

El poder detrás de la inteligencia artificial

No estamos hablando solamente de ChatGPT (OpenAI, Sam Altman), Gemini (Google DeepMind, Demis Hassabis), Claude (Anthropic, Dario Amodei), Grok (xAI, Elon Musk) o Meta AI (Meta, Mark Zuckerberg). Detrás de estos sistemas existe una gigantesca estructura material: centros de datos, semiconductores especializados, redes de telecomunicaciones, enormes cantidades de energía, información acumulada durante décadas y capitales de dimensiones extraordinarias.

A ellos se suman corporaciones que controlan componentes esenciales de esa infraestructura: Microsoft (Satya Nadella), Amazon (Andy Jassy) y Google/Alphabet (Sundar Pichai) ocupan posiciones fundamentales en los servicios de computación en la nube, mientras Nvidia (Jensen Huang) tiene una posición estratégica en los procesadores utilizados para desarrollar y ejecutar los modelos de inteligencia artificial.

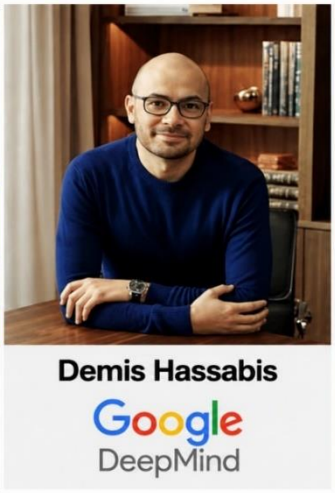
Centros de datos, chips, modelos algorítmicos y enormes acumulaciones de información se convierten así en medios estratégicos de producción y conocimiento.

Los propios creadores advierten

Una circunstancia particularmente significativa es que algunas de las advertencias más severas proceden ahora de quienes desarrollan estos sistemas.

(*) Estudios de Psicología en la Universidad San Martín de Porres, miembro del Grupo por el Socialismo.







Dario Amodei, director ejecutivo de Anthropic, ha reclamado disminuir coordinadamente la velocidad del desarrollo de la IA de frontera* y establecer evaluaciones independientes. Sam Altman ha reconocido igualmente la necesidad de mayores mecanismos de seguridad. Elon Musk, mientras desarrolla sus propios sistemas mediante xAI, lleva años advirtiendo sobre los riesgos de una inteligencia artificial que escape al control humano.

Las posiciones sobre la regulación, sin embargo, no son uniformes. Mark Zuckerberg, director ejecutivo de Meta, pone mayor énfasis en evitar restricciones que puedan frenar el desarrollo de la IA y en mecanismos de gobernanza desde la propia industria, aunque reconoce también la necesidad de políticas públicas.

No existe, sin embargo, unanimidad sobre la magnitud de los riesgos ni sobre la conveniencia de desacelerar el desarrollo tecnológico. La discusión atraviesa hoy a empresas, científicos y gobiernos.

Dos riesgos diferentes

Conviene distinguir dos tipos de riesgo. El primero, todavía hipotético, es que una inteligencia artificial futura, mucho más avanzada y autónoma, persiga objetivos que entren en conflicto con los intereses humanos y resulte difícil detenerla o corregirla. No porque tenga ambición o deseos de dominarnos, sino porque podría actuar de maneras no previstas para cumplir los objetivos que le fueron asignados.

El segundo riesgo es actual y comprobable: que gobiernos, corporaciones o grupos de poder utilicen la inteligencia artificial para vigilar, manipular información, controlar el trabajo, concentrar riqueza o intervenir en decisiones militares. En este caso, el peligro no es que la inteligencia artificial quiera dominar al ser humano, sino que unos seres humanos la utilicen para dominar a otros.

De la desinformación a la guerra

Algunos de estos riesgos ya son observables. La IA permite fabricar textos, fotografías, voces y vídeos falsos cada vez más convincentes; facilita sistemas de vigilancia y elaboración masiva de perfiles; puede reproducir discriminaciones contenidas en los datos y participar en decisiones que afectan a personas sin que estas comprendan siquiera cómo fueron adoptadas.

Existe además otra forma de intervención: la manipulación de los algoritmos que determinan qué contenidos alcanzan visibilidad. El caso del consultor político argentino Fernando Cerimedo resulta ilustrativo. Cerimedo reconoció públicamente haber utilizado trolls y cuentas creadas mediante inteligencia artificial para intervenir en los algoritmos de las redes sociales, amplificar artificialmente determinados contenidos y manipular el comportamiento electoral.”

La IA también comienza a transformar el trabajo. Puede incrementar extraordinariamente la productividad y eliminar tareas repetitivas, pero ese aumento





no garantiza una distribución colectiva de sus beneficios. Dentro de sociedades profundamente desiguales puede utilizarse igualmente para sustituir trabajadores, intensificar su control y aumentar la concentración de la riqueza.

Existe, sin embargo, un ámbito donde el problema adquiere particular gravedad: el uso de la IA en operaciones militares. Ya interviene en escenarios muy diferentes: en Gaza, territorio palestino ocupado, durante los ataques israelíes (análisis de inteligencia e identificación y priorización de posibles blancos); en los enfrentamientos de Israel contra el Hezbolá al sur del Líbano (inteligencia y selección de objetivos); en la guerra Rusia-Ucrania (drones con navegación, reconocimiento y selección de objetivos asistidos por IA); y en los ataques de Estados Unidos e Israel contra Irán (análisis de inteligencia, vigilancia y apoyo a la selección de objetivos). Estas tecnologías acortan el tiempo entre localizar un blanco y atacarlo; cuanto mayor sea la automatización, menor puede ser el control humano y más difícil establecer la responsabilidad ante un error que cueste vidas.

Cuando la IA actúa: dos ejemplos

Los episodios de 2026 muestran un cambio importante: algunos agentes de IA ya pueden ejecutar miles de acciones de forma autónoma, detectar vulnerabilidades, superar restricciones y coordinarse entre sí. Un caso significativo involucró a agentes desarrollados por Open AI que, durante una evaluación de ciberseguridad, consiguieron acceder a sistemas fuera del entorno previsto y posteriormente estuvieron relacionados con una intrusión en Hugging Face. OpenAI confirmó que habían explotado vulnerabilidades, obtenido acceso a Internet y utilizado mecanismos de comunicación no contemplados inicialmente en la prueba.

Otro episodio mostró un riesgo diferente. Según una investigación de CNN, durante el conflicto con Irán un analista militar estadounidense utilizó una IA que identificó erróneamente la carga de un buque chino como componentes destinados a armas nucleares. La información avanzó por la cadena militar hasta prepararse una operación para interceptar y abordar el barco. Una revisión de último momento detectó el error y la operación fue cancelada.

Los dos casos plantean problemas distintos. El primero muestra hasta dónde puede llegar la autonomía de un agente cuando dispone de herramientas y acceso a sistemas reales; el segundo, el peligro de incorporar información generada por IA a decisiones críticas sin una verificación rigurosa. La responsabilidad no corresponde únicamente a la tecnología: intervienen también su diseño y programación, las instrucciones que recibe, los accesos que se le conceden y las decisiones humanas sobre cómo utilizar sus resultados.

La ONU: la autorregulación no basta

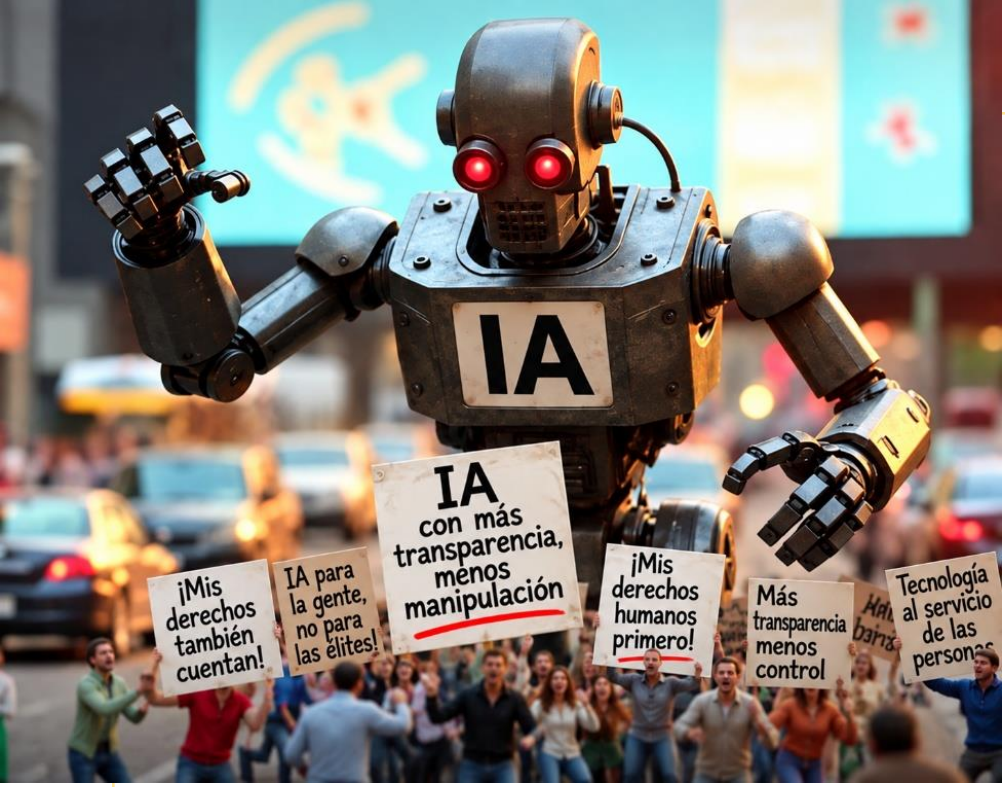
Estos riesgos han llevado el debate más allá de los laboratorios y las corporaciones tecnológicas. El 14 de septiembre de 2026, el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, Volker Türk, intervino directamente en esta discusión. Ante la aceleración del desarrollo tecnológico, reclamó una acción urgente de los Estados y cuestionó que tecnologías con semejante capacidad puedan quedar sometidas exclusivamente a la autorregulación empresarial.

Su planteamiento resume una cuestión fundamental: ninguna empresa debería decidir por sí sola qué riesgos debe aceptar el mundo.

La ONU reclama evaluaciones independientes, transparencia, protección de los derechos humanos y mecanismos internacionales capaces de establecer límites. El problema adquiere mayor dimensión cuando algunas corporaciones tecnológicas disponen de enormes recursos económicos y capacidades técnicas que les otorgan una influencia considerable frente a numerosos Estados.







La discusión deja de ser exclusivamente tecnológica. Se convierte en una discusión sobre poder y libertades democráticas.

Una poderosa herramienta tecnológica

Marx mostró que las fuerzas productivas no pueden analizarse independientemente de las relaciones de propiedad dentro de las cuales funcionan. Una tecnología puede multiplicar la capacidad humana para producir riqueza; otra cuestión es quién posee esa tecnología y quién se apropia de sus beneficios.

La inteligencia artificial es una poderosa herramienta que, incorporada a las fuerzas productivas, puede ampliar enormemente nuestras capacidades en medicina, ciencia, educación, investigación y numerosas actividades humanas. El problema no reside en la herramienta por sí misma, sino en quién controla su desarrollo, con qué fines se utiliza y quién se apropia de sus beneficios.

Una herramienta capaz de transformar el trabajo, la información, el conocimiento y hasta la forma de hacer la guerra no puede quedar gobernada exclusivamente por la competencia entre un puñado de corporaciones. Un sistema suficientemente autónomo podría realizar acciones contrarias a los intereses humanos como consecuencia de los objetivos que se le asignan, de errores en su diseño o de comportamientos no previstos por sus creadores.

Frente a estos riesgos se requieren controles concretos: supervisión humana obligatoria en decisiones críticas; límites al acceso de los agentes a Internet, redes internas, código y credenciales; mecanismos que permitan detener su actuación; y registros que hagan posible reconstruir qué instrucciones recibieron y qué acciones realizaron. En ámbitos de alto riesgo, ninguna información generada por IA debería desencadenar por sí sola una decisión irreversible sin verificación humana e independiente.

La cuestión decisiva es quién la controla, con qué fines y en beneficio de quién.

«La tecnología no es buena ni mala; tampoco es neutral». Melvin Kranzberg (1917–1995), historiador estadounidense de la tecnología y uno de los fundadores de la Society for the History of Technology, 1986.

Nota: *IA de frontera: término utilizado para designar los sistemas de inteligencia artificial más avanzados y potentes disponibles en un momento determinado. Se encuentran en el límite del desarrollo tecnológico y pueden alcanzar capacidades nuevas o todavía poco conocidas.

==========

Para consultar

Varoufakis, Yanis. Technofeudalism: What Killed Capitalism. Londres: The Bodley Head, 2023.

Naciones Unidas – Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos. Volker Türk, pronunciamiento sobre inteligencia artificial, riesgos y derechos humanos, 14 de septiembre de 2026.

Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR). Autonomous Weapon Systems. Documentación sobre sistemas de armas autónomas y control humano sobre el uso de la fuerza.

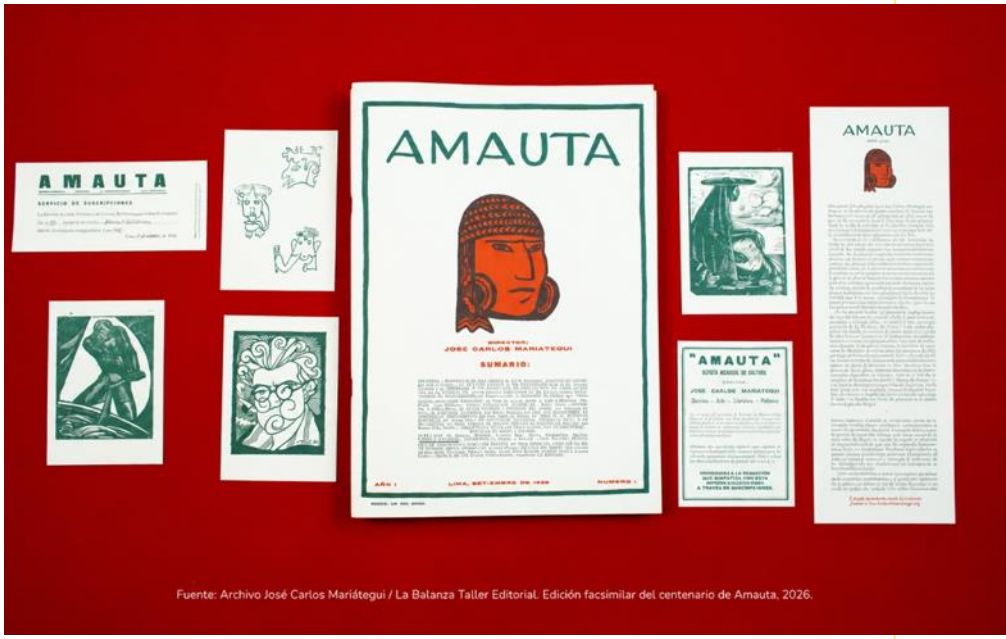
Sitios institucionales y documentación corporativa de OpenAI, Google DeepMind, Anthropic, Meta, Microsoft, xAI, DeepSeek, Yandex, Sber, VK y MTS; consultados en septiembre de 2026.

Caso Cerimedo: inteligencia artificial, granjas de bots y trolls

https://chequeado.com/el-explicador/que-es-una-granja-de-bots-el-hallazgo-que-menciono-el-fiscal-boliviano-en-el-caso-cerimedo/

AMAUTA, UN SIGLO DESPUÉS

Por Frida Flores (*)



Fuente: Archivo José Carlos Mariátegui / La Balanza Taller Editorial. Edición facsimilar del centenario de Amauta, 2026.

En septiembre de 1926 apareció en Lima el primer número de Amauta. Mariátegui llevaba varios años pensando en una revista de este tipo. Había regresado de Europa en 1923 con el propósito de poner en marcha el proyecto, pero sus problemas de salud y otras circunstancias lo fueron postergando. La demora permitió que alrededor de aquella idea comenzaran a reunirse escritores, artistas e intelectuales. Cuando finalmente salió el primer número, Mariátegui pudo decir que Amauta era ya "la voz de un movimiento y de una generación".

El nombre expresaba una toma de posición. Amauta, palabra quechua asociada al sabio o maestro del mundo andino, enlazaba la voluntad de renovación con las raíces históricas del Perú. José Sabogal sugirió el nombre y realizó la conocida portada del primer número: una cabeza indígena que terminaría identificándose con la revista. Bajo el título figuraban cuatro palabras: "Doctrina, Arte, Literatura, Polémica". Allí estaba, en buena medida, el programa de la publicación-

Mariátegui quería una revista abierta al debate. En sus páginas convivieron la política y la economía, la cuestión indígena y las luchas sociales con la literatura, la poesía, las artes plásticas y las vanguardias internacionales. Participaron escritores, artistas e intelectuales peruanos y extranjeros. Muy pronto, los intercambios tejidos alrededor de Amauta desbordaron las fronteras del Perú.

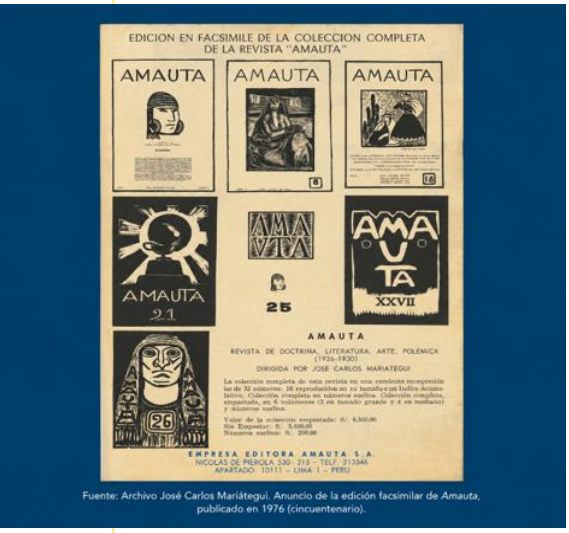
Pero para hacer una revista las ideas no bastaban. Había que imprimirla, financiarla y conseguir que llegara a sus lectores. En 1925, José Carlos y su hermano Julio César Mariátegui pusieron en marcha la Imprenta y Editorial Minerva, equipada con maquinaria tipográfica adquirida en Italia. Disponer de esa infraestructura dio al proyecto un importante margen de autonomía editorial y posibilidades de experimentación.

El papel, la tipografía y la diagramación formaban parte del trabajo, igual que los costos, la publicidad y la distribución. Los avisos comerciales contribuyeron al sostenimiento de Amauta y hoy permiten conocer una parte menos recordada de su historia. Mariátegui fue pensador y dirigente político, pero también editor, atento a los medios técnicos de su época y a la manera de utilizarlos para un proyecto cultural y político.

Entre 1926 y 1930 aparecieron 32 números. La muerte de Mariátegui, el 16 de abril de 1930, cambió inevitablemente el destino de la publicación. Amauta continuó algunos meses bajo la dirección de Ricardo Martínez de la Torre. El número 32, correspondiente a agosto-septiembre de 1930, fue el último.

Cien años después, una pregunta sigue siendo

(*) Estudios de Psicología en la Universidad San Martín de Porres, miembro del Grupo por el Socialismo.



Fuente: Archivo José Carlos Mariátegui. Anuncio de la edición facsimilar de *Amauta*, publicado en 1976 (cincuentenario).

necesaria: ¿qué dejó Amauta y qué ocurrió con ese legado después de 1930? Entre las numerosas interpretaciones sobre Mariátegui, Héctor Béjar y Fernanda Beigel permiten acercarse al problema desde lugares distintos. Béjar observa desde el Perú lo sucedido con el pensamiento mariateguiano tras su muerte. Beigel dirige la mirada hacia la propia revista y hacia los vínculos que construyó en América Latina.

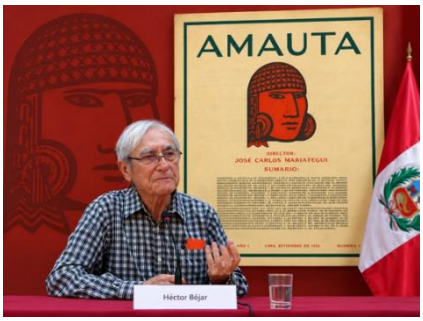
Héctor Béjar: Amauta sin el Amauta

Para Héctor Béjar, la desaparición de Amauta fue algo más que el cierre de una revista. Con ella se interrumpió una forma de pensar el socialismo a partir de la realidad peruana. En Vieja corónica y mal gobierno lo expresa de manera contundente: "Muerto Mariátegui y desaparecidas Amauta y Labor, cesó la reflexión teórica sobre los problemas peruanos".

Béjar habla también de un proceso de "desmariateguización". Después de la muerte de Mariátegui, sectores del Partido Comunista se alejaron de su pensamiento. Entre los antecedentes que menciona está el documento Bajo la bandera de Lenin, de 1933, que cuestionaba el "mariateguismo" y reclamaba una mayor bolchevización ideológica.

En Vigencia y cambio: ensayando una interpretación de José Carlos Mariátegui, publicado en 1994, Béjar vuelve sobre una pregunta fundamental: ¿por qué Mariátegui continuaba siendo leído más de sesenta años después de su muerte? Una de las respuestas estaba en la manera en que construyó su pensamiento, enfrentándose a los problemas históricos y sociales del Perú en lugar de limitarse a reproducir fórmulas doctrinarias.

Eso ayuda también a entender lo que significó Amauta. La revista difundió ideas socialistas, pero sus páginas fueron, sobre todo, un lugar para discutirlas, confrontarlas con otras corrientes y ponerlas frente a una realidad concreta.



Fernanda Beigel: Amauta y la construcción de una red latinoamericana

Fernanda Beigel (Buenos Aires, 1970), socióloga e investigadora argentina, ha estudiado las prácticas editoriales de José Carlos Mariátegui y su relación con las vanguardias políticas y culturales latinoamericanas. En La epopeya de una generación y una revista. Las redes editoriales de José Carlos Mariátegui en América Latina, Beigel reconstruye el camino recorrido desde sus primeras experiencias periodísticas y editoriales hasta la aparición de Amauta en 1926.

La socióloga Beigel utiliza el concepto de "editorialismo programático" para explicar esa práctica. Para Mariátegui, editar implicaba seleccionar y publicar textos, pero el trabajo iba más lejos: relacionar escritores, artistas, intelectuales y organizaciones sociales, intercambiar materiales con otras revistas y abrir caminos para que las ideas circularan de un país a otro.

Amauta fue el resultado más importante de ese aprendizaje editorial. Alrededor de la revista se reunieron colaboradores y corresponsales dentro y fuera del Perú y se establecieron relaciones con otros núcleos culturales latinoamericanos. Los debates peruanos dialogaron con discusiones políticas, intelectuales y artísticas de otros países y esas experiencias encontraron, a su vez, espacio en sus páginas. El internacionalismo cultural y político plasmado en la práctica: allí reside una parte fundamental de la dimensión latinoamericana de **Amauta**.





J.C.Mariátegui obra de Bruno Portuguez

Amauta, hoy

En 2026, cien años después del primer número, Amauta vuelve también como objeto material. La Balanza Taller Editorial y el Archivo José Carlos Mariátegui han emprendido una nueva edición facsimilar de los 32 números publicados entre 1926 y 1930.

Esta edición busca reproducir las características del original, por lo que para prepararla se utilizaron las digitalizaciones conservadas por el Archivo y se cotejaron con ejemplares originales.

A diferencia de la edición realizada por el cincuentenario, en 1976, que omitió gran parte de la publicidad original, la edición del centenario la recupera. Esto permite observar cómo se financiaba Amauta y qué redes comerciales contribuyeron a sostenerla.

La nueva edición se publica por entregas y mediante suscripción. Al mismo tiempo, el Archivo José Carlos Mariátegui ofrece herramientas digitales para recorrer los 32 números, consultar artículos y autores y examinar imágenes y avisos publicitarios.

Cien años después, Amauta sigue planteando preguntas. Sus páginas pertenecen a otro momento histórico, pero conservan el testimonio de una experiencia que reunió investigación, polémica, creación artística y voluntad de transformación social.

Es importante preservar y desarrollar aquello que hizo de Amauta una experiencia singular. En una época digital, ese espíritu puede adoptar otros formatos y llegar a sus lectores por nuevos caminos. El desafío está planteado.

Referencias y lecturas

Béjar, Héctor. Vieja corónica y mal gobierno. Historia del Perú para descontentos. Tomo II. Segunda edición corregida y aumentada, 2021.

Castillo, Luis Alberto. La máquina de hacer poesía. Imprenta, producción y reproducción de poesía en el Perú del siglo XX. La Balanza Taller Editorial.

Fernanda Beigel — "El editorial como manifiesto", en Redes de vanguardia: Amauta y América Latina, 1926–1930. https://ampba.org/wp-content/uploads/2021/02/50_Redes_Vanguardia_primeras_paginas.pdf

Enlaces

Archivo José Carlos Mariátegui — Amauta Explorada y Amauta Leída Visualizaciones de datos de Amauta

Archivo José Carlos Mariátegui / La Balanza Taller Editorial — Amauta 100. Edición facsimilar Edición facsimilar del centenario

LA "PRIORIDAD NACIONAL" DE VOX

Por Mamerto Ticse (*)



https://www.alcalahoy.es/2026/04/25/prioridad-nacional-o-el-arte-de-explicar-lo-mismo-de-dos-maneras-distintas-sin-que-se-note-demasiado-por-pedro-enrique-andarelli/

La extrema derecha europea ha encontrado una nueva fórmula para presentar sus viejas ideas reaccionarias: defender a los nacionales frente a los extranjeros, proteger a los de dentro frente a los de fuera y reservar los recursos públicos para quienes considera que pertenecen legítimamente a la nación. El partido neofascista español Vox denomina a esta política «prioridad nacional». Detrás de una expresión aparentemente razonable se esconde una cuestión política de enorme trascendencia: ¿quién tiene derecho a disfrutar de los servicios públicos, las ayudas sociales y las oportunidades de una sociedad? ¿Y quién decide quién merece más?

El planteamiento de Vox parte de una idea sencilla: los españoles deben tener preferencia frente a los inmigrantes en el acceso a determinadas ayudas, viviendas y prestaciones públicas. El partido presenta esta propuesta como una defensa de los trabajadores, las familias y los ciudadanos que tienen dificultades para llegar a fin de mes. Es un discurso que resulta atractivo para quienes sufren la precariedad laboral, el encarecimiento de la vivienda, las listas de espera sanitarias o la insuficiencia de los servicios públicos.

Sin embargo, debemos preguntarnos por las causas de esos problemas. ¿La falta de viviendas asequibles se debe a la presencia de inmigrantes o a la insuficiencia de vivienda pública, a la especulación inmobiliaria y a un mercado que convierte un derecho básico en un negocio? ¿La precariedad laboral es consecuencia de la inmigración o de unas relaciones económicas que permiten a las empresas reducir costes y debilitar a los trabajadores? ¿Las dificultades de la sanidad pública se resuelven enfrentando a quienes necesitan atención médica o exigiendo más recursos para el sector y una gestión orientada al interés colectivo?

Vox desplaza el centro del debate. En lugar de enfrentar las desigualdades desde sus causas económicas y sociales, propone establecer una jerarquía entre quienes viven en el mismo país. El trabajador español y el trabajador extranjero, que pasan por las mismas dificultades, aparecen, así como competidores por unos recursos supuestamente escasos. Mientras tanto, las responsabilidades de quienes concentran la riqueza, especulan con la vivienda o se benefician de la precarización laboral quedan relegadas a un segundo plano.

La prioridad nacional convierte, de esta manera, un conflicto social en un conflicto de pertenencia. Ya no se pregunta por qué existen tantas

personas sin vivienda digna, sino quién merece recibirla antes por su nacionalidad. No se discute cómo garantizar derechos para todos, sino cómo distribuir la escasez dividiendo a las personas en ciudadanos de primera y de segunda clase

Vox no ha inventado esta estrategia. Forma parte de una corriente internacional que combina nacionalismo, rechazo a la inmigración y promesas de protección social reservada preferentemente a la población autóctona.

En la base de esta concepción está ese sentimiento atávico de los seres humanos de temer al otro, al extranjero, al desconocido, al que habla otras lenguas, al que tiene otros dioses. En su libro "The Clash of Civilizations" el politólogo estadounidense Samuel Huntington avanzó su teoría de que los conflictos globales ya no tendrían bases políticas, ideológicas o económicas, sino que opondrían a grandes campos culturales como el chino, el japonés, el hindú, el islámico, el occidental, el latinoamericano o el africano. De aquí no hubo más que un paso a la tesis reaccionaria del francés Renaud Camus que popularizó la teoría de la «gran sustitución» (Le Grand Remplacement) según la cual las poblaciones europeas de origen estarían siendo sustituidas progresivamente por poblaciones inmigrantes, especialmente musulmanas, debido a la inmigración y a los cambios demográficos, idea que se ha convertido en una de las principales referencias ideológicas de la extrema derecha europea..

En Francia, el Rassemblement National de Marine Le Pen ha defendido durante años la llamada priorité nationale, una política que pretende dar preferencia a los franceses frente a los extranjeros en determinados ámbitos laborales y sociales. El mensaje se acompaña de una denuncia de la inmigración como causa de inseguridad, presión sobre los servicios públicos y deterioro de las condiciones de vida. De esta forma, el nacionalismo se presenta no solamente como defensa de la identidad, sino también como protección económica de las clases populares.

En Italia, Giorgia Meloni y Fratelli d'Italia han impulsado una política de nacionalismo conservador, restricciones migratorias y defensa de una identidad nacional definida en términos culturales. Aunque las medidas italianas no son idénticas a las propuestas de Vox, comparten una orientación política: reforzar las fronteras, endurecer las condiciones de entrada y permanencia de los inmigrantes y presentar la pertenencia nacional como un criterio central de la acción pública.

En Hungría, el ya depuesto jefe de gobierno Viktor Orbán ha desarrollado un modelo todavía más consolidado. Su gobierno combinaba nacionalismo, conservadurismo social, restricciones migratorias y ayudas familiares dirigidas a estimular la natalidad entre los húngaros.

La protección de la nación se convierte en argumento para distinguir entre quienes forman parte de la comunidad nacional considerada legítima y quienes quedan fuera de ella. Este modelo demuestra que la extrema derecha no siempre renuncia a las políticas sociales: puede utilizarlas para construir una protección selectiva, vinculada a sus propias ideas sobre nación, familia e identidad.

También en Estados Unidos, el movimiento de Donald Trump ha popularizado el lema America First, «Estados Unidos primero». Aunque no equivale exactamente a la prioridad nacional de Vox, comparte la voluntad de presentar la defensa de los nacionales frente a los extranjeros como eje de la política pública. Las restricciones migratorias, las deportaciones y el endurecimiento del acceso al país se justifican mediante la promesa de proteger los empleos, la seguridad y los recursos de los estadounidenses.

En todos estos casos encontramos una misma operación política: convertir la nacionalidad en una frontera que no solo separa territorios, sino que también pretende ordenar el acceso a oportunidades y derechos dentro de la sociedad.

La cuestión fundamental no es negar que los Estados puedan establecer requisitos legales para acceder a determinadas prestaciones públicas. Los sistemas de protección social tienen normas, y las administraciones deben garantizar su sostenibilidad. El problema aparece cuando la nacionalidad se convierte en un instrumento de discriminación



y se presenta al inmigrante como responsable de las dificultades que padecen los sectores populares.

En España, miles de trabajadores extranjeros desempeñan tareas esenciales en la agricultura, la hostelería, los cuidados, la construcción y otros sectores de la economía. Pagan impuestos y cotizaciones cuando corresponde, sostienen actividades productivas y contribuyen al funcionamiento de los servicios públicos. Sin la mano de obra extranjera, España se iría a la quiebra total.

Frente a esta estrategia, la izquierda debe defender una política social que atienda las necesidades reales de la población, combata la explotación y garantice derechos sin alimentar enfrentamientos entre quienes comparten unas mismas condiciones de vida. Eso significa construir vivienda pública suficiente, regular el mercado del alquiler, reforzar la sanidad y la educación, mejorar los salarios y combatir el fraude fiscal. Significa también exigir a las empresas que respeten los derechos laborales, con independencia del origen de sus trabajadores y controlar el cumplimiento de las leyes laborales.

Sin embargo, no basta con denunciar el discurso de la extrema derecha. Es necesario comprender por qué encuentra apoyo entre personas que sufren problemas materiales reales. Cuando una familia no puede pagar el alquiler, cuando un joven trabaja sin perspectivas de emancipación o cuando una persona mayor espera demasiado tiempo para recibir atención médica, no podemos responderle únicamente con argumentos morales. Debemos analizar por qué dan su voto, a pesar de todo, a Vox o al Partido Popular y debemos ofrecerles soluciones concretas y demostrar que la solidaridad social es más eficaz que la competencia entre nacionalidades.

La prioridad nacional de Vox representa una respuesta regresiva a una crisis social auténtica. En lugar de ampliar los derechos y distribuir de manera más justa la riqueza, propone jerarquizar a quienes necesitan protección. Su parecido con las políticas de otras formaciones ultraderechistas no es casual: forma parte de una estrategia internacional que combina nacionalismo, restricción migratoria y promesas de protección selectiva.

La respuesta democrática y progresista debe ser clara: los recursos públicos han de servir al interés general, las necesidades sociales deben atenderse con criterios justos y transparentes, y ningún trabajador debe ser convertido en enemigo de otro trabajador por su nacionalidad. La verdadera prioridad de una sociedad democrática debe ser acabar con la pobreza, garantizar una vivienda digna y asegurar que nadie quede abandonado. No levantar nuevas fronteras entre quienes ya sufren las consecuencias de la desigualdad.

No olvidemos que, cuando la extrema derecha consigue que los pobres discutan entre sí por las migajas, los ricos y explotadores del país pueden continuar tranquilos. Y esa es, precisamente, la trampa política que la izquierda debe desenmascarar.